



MERCADO CENTRAL DE VALENCIA

## Suicidios, tomates y genética en el Mercado Central

VICENTE DE SANTIAGO

### 1.—UN EXTRAÑO SUICIDIO

El suicidio de Xavier Torrent no me sorprendió por el hecho de que aquél lunático se quitase la vida, sino por la razón que le llevó a cortarse las venas en la bañera de su apartamento.

Desde que se autoproclamó líder del "Movimiento Independentista de Xeste" (MIX) Xavier Torrent había entrado en el Olimpo de lo que yo llamaba "locos televisivos": personajes que denotaban una notable falta de equilibrio mental y que, por ello, hacían las delicias de los telespectadores de los cientos de programas que se dedicaban a hacer espectáculo de las miserias humanas. Era tal la proliferación de este tipo de programas desde la invasión de la televisión digital que llegué a añorar los tiempos del "Tómbola", que al menos sólo nos molestaba una vez por semana.

Así, un personaje como Xavier Torrent era conocido en toda Valencia y, así también, me tocaba a mí cubrir la noticia de su muerte para la sección de Sucesos del periódico "Las Provincias", de la que yo era redactor jefe (digo "jefe" como un eufemismo, ya que en el periódico sólo quedábamos siete periodistas, uno por sección, más nuestro querido director).

En cualquier caso, no me podía quejar: gracias a que como era un suicidio la noticia recaía en Sucesos, no en Sociedad, y siempre era mejor tratar un tema de indudable interés, como éste, que pasarse el día buscando algo noticiable en las comisarías o en las urgencias de los hospitales de la ciudad.

Pero, volvamos a nuestro amigo Torrent. El líder del MIX estaba convencido de que el pueblo de Xeste era único y debía ser independiente por una poderosa razón: sus habitantes tenían horchata de chufa en la sangre. Esto que digo puede parecer una solemne tontería, pero aquel hombre lo podía demostrar: tenía un análisis de sangre en el que aparecían restos de horchata. El resultado del análisis, que siempre llevaba encima, debía estar falsificado, pero a nadie le importaba ya que daba mucho juego a la hora de entretener a los telespectadores.

Sin embargo, su convencimiento llegó a ser tal que le condujo a la muerte. Para demostrar su verdad decidió hacerse un análisis ante las cámaras y en directo en el programa "Demuéstrelo, si se atreve". Los resultados fueron nefastos: dio Rh negativo. Eso ocurrió dos noches antes de su suicidio. La nota que

dejó al lado de la bañera era surrealista: "Como líder del Movimiento Independentista de Xeste (MIX), no puedo soportar la idea de ser vasco, pueblo al que respeto y quiero, pero que prefiere el Txacolí a la Horchata de Chufa y, como todo el mundo sabe, yo soy abstemio. Adios, amados compatriotas de Xeste".

La noticia nos llegó por Internet, como nos llegaban ya todas las noticias, y el director me dio ordenes precisas: "ve a Xeste y entrevista a todo el que pilles, a ver si nos da el tema para dos o tres días, que las ventas están jodidas y estas cosas siempre animan".

Pues de excursión a Xeste. Total, al final de mi carrera ya era todo un periodista profesional: sabía perfectamente cómo, haciendo lo justo, llenar varias páginas interesando al personal, sin acabar en los juzgados por alguna querrela.

Cogí el grabador/cámara/teléfono digital (aquel cacharro tenía más cosas, pero nunca supe usarlas) y me metí en el coche dirección a la ciudad natal de Xavier Torrent. Entrevistaría a la viuda y a los vecinos y escribiría algo realmente impactante.

En el camino a Xeste las cosas empezaron a complicarse. El director del periódico me llamó exaltado: acababa de producirse otro intento de suicidio. Esta vez era un aficionado del Barça, que se había tirado por la ventana de su piso, en el centro de Valencia, gritando "¡Hala Madrid!, ¡Hala Madrid!".

El hombre no había muerto, porque era un segundo piso, y sólo se rompió un buen número de huesos. Ricardo Fuster, el director, lo tenía cada vez más claro: "mira, esto hay que enfocarlo como una cadena de suicidios: a uno que le cambia el tipo de sangre, el otro que cambia de equipo, etc, y así, cada tío que se intente suicidar le buscamos las vueltas y lo metemos en una larga, larga serie de artículos". Desde el ordenador de abordó del coche podía ver su amplia sonrisa, que denotaba una posible subida de las ventas.

¡Vaya tontería!, pensé yo, pero a dos años de la jubilación era todo oídos hacia mi joven amigo: "cojonudo Ricardo, qué idea macho, ni en mis mejores tiempos se me hubiese ocurrido, lo enfoco así, no problem" (y esboqué una amplia sonrisa como la suya).

Dicho y hecho. Hablé con la viuda de Torrent, con varios vecinos, busqué información en Internet sobre el pirao del Barça y escribí una página sobre lo que parecía un extraño "virus" que volvía totalmente loca a la gente. El artículo acababa de una forma impactante: "ya conocemos dos casos, pero.....¿cuando aparecerá el siguiente? Seguro que antes de lo que pensamos. Esta es la realidad y así se la hemos contado".

Tras un duro día de trabajo me fui a degustar un Black Bush, mi whisky favorito, al Finegan's, un antiguo pub irlandés situado debajo de mi casa, en la plaza de la Reina.



## 2.-LLAMADA DEL MERCADO CENTRAL

A la mañana siguiente hice lo que hacía todas las mañanas: compré "Las Provincias" para ver que impresión me causaba mi artículo. Normalmente, lo que el día anterior era una obra maestra de la escritura en mi ordenador, al verlo impreso me parecía una auténtica idiotez. Los años habían conseguido que esto no afectase de ninguna forma a mi estado vital.

En esta ocasión las cosas no fueron diferentes y al leer el titular de mi crónica sólo me dio un poco de vergüenza: "Un extraño virus provoca una cadena de suicidios en la región". Pero bueno, mientras tomaba un café y una tostada con aceite de oliva, pensé que un titular confuso más en el mundo no era ningún problema y, además, el artículo era bastante entretenido y daría mucho que hablar.

Cuando estaba acabando de desayunar recibí una llamada de la redacción. Al otro lado del teléfono vi a Sonia, mi querida compañera/enemiga de Sociedad, que tenía cara de pocos amigos:

—Hola Sonia, buenos días.

—Hola, Vicente. ¿Qué, el viejo reportero desayuna tranquilamente, como todos los días, no?

—Sí hija, las costumbres es malo cambiarlas a mi edad.

—Bueno mira, te han llamado tus amigos del Mercado Central. Un tal José Baltá, de "Frutas y Verduras Xirivella". Dice que tiene información que te puede interesar sobre el tema de los suicidios, pero no ha querido contarme nada. Parece que sólo confía en tí, como todos los del mercado. Me ha rogado encarecidamente que te acerques a verle cuanto antes. Parece urgente porque estaba muy nervioso.

—Iré, pero díselo a Ricardo, que no quiero problemas.

—Ya se lo he dicho y ha dado su autorización. Dice que a ver si sacas algo jugoso como lo de hoy, que están subiendo las ventas. Parece que eres su héroe de la jornada. A ver si lo aprovechas y no la cagas, como siempre.

—Qué eficacia. Gracias bonita.

Definitivamente la mañana comenzaba bien: un artículo interesante, subían las ventas, Sonia enfadadísima y, encima, tenía la obligación de visitar a "mis amigos" del Mercado Central.

Sonia se refería a ellos de tal forma porque, en el año 2005, un directivo de una gran superficie intentó boicotear el mercado soltando ratas en sus instalaciones, con la ayuda de un guardia de seguridad nocturno. Yo me encargué de investigar el caso y descubrí todo el tema, publicando el artículo cumbre de mi carrera: "¿Ratas en el Mercado o en la Gran Superficie?". Con ello me gané, además, el cariño y la gratitud de todos los vendedores, que me nombraron Cliente de Honor.

En cualquier caso, desde que llegué a Valencia, a comienzos del siglo XXI, el Mercado Central era mi lugar favorito de la ciudad. Todos los sábados paseaba, con el pretexto de hacer la compra, por los cuidados puestos del viejo y bello mercado. Sus 8.000 metros cuadrados de superficie agrupaban a más de 400 comerciantes y cerca de 1.200 puestos de venta, en donde se podía encontrar todo tipo de frutas, verduras, carnes, pescados, especias, conservas, e incluso menaje de cocina para hacer con todas aquellas materias primas exquisitos guisos.

Aunque desde 1996 el Mercado Central contaba con un servicio de venta por Internet muy eficaz (en aquellos tiempos era el único mercado de abastos de Europa que contaba con este moderno servicio) yo prefería el paseo matutino por los puestos, charlando con los vendedores, pidiendo consejo sobre



qué comprar o cómo cocinar cada cosa y empapándome de los colores vivos de los alimentos y de sus aromas frescos y provocadores.

Con el paso de los años el mercado seguía teniendo mucha clientela, incluso gente joven, gracias a la concienciación que produjo en gran parte de la sociedad el famoso mal de las "vacas locas", que aunque estadísticamente afectó a muy pocas personas en Europa, sí causó una desmesurada alarma social. El lado positivo de todo aquello fue que la gente comenzó a preocuparse más por lo que comía y se creó un invisible círculo de confianza entre los consumidores, sus tenderos habituales y los productores que vendían a los propios tenderos. Así, el Mercado Central, que se modernizaba día a día y se adaptaba continuamente a las cada vez más duras y estrictas normativas comunitarias, había conseguido mantener su pulso vital casi intacto desde que lo inauguró de forma solemne el rey Alfonso XIII el 23 de enero de 1928.

En casi un siglo de existencia, el mercado había impresionado a millones de turistas y amantes de la arquitectura por su aire modernista, sus cientos de figuras alegóricas, su estructura de hierro y ladrillo, mezclado con piedra de Buñol, mármol, azulejos y bellos mosaicos y, como no, por su impresionante cúpula de 30 metros de alto, realizada en hierro, cristal y cerámica, que no sólo maravillaba desde el interior, sino que cambió para siempre el bello paisaje de los tejados de Valencia, donde reinaba, entre campanarios y torreones, la emblemática veleta del Mercado Central, formada por una cotorra y un pez.

### 3.—CARACTERES GENÉTICAMENTE MODIFICADOS (CGM)

Aquella mañana me dirigí al mercado por el lugar habitual, pasando por el magnífico edificio de la Antigua Lonja, ahora convertido en una biblioteca "virtual" (podías bajarte libros desde la red y leerlos en grandes pantallas de ordenador, grabarlos en un CD o imprimirlos en papel a un módico precio).



Entré por la puerta situada frente a la Lonja, pasando junto a un colorido puesto de golosinas que vendía, además, todo tipo de recuerdos turísticos de la ciudad. Me dirigí, sin perder tiempo en saludar a nadie, al puesto de José Baltá, al que conocía bien ya que le compraba fruta y verdura todos los sábados.

Baltá era Ingeniero Agrónomo pero, a la muerte de su padre, se quedó con el próspero negocio que, al fin y al cabo, tenía una relación directa con sus estudios. Además, dejar el puesto era acabar con una tradición familiar que venía de sus bisabuelos (cuando se inauguró el Mercado Central de Valencia muchos de los puestos pertenecían a labradores de diversas localidades de la región: El Saler, Castellar, Xirivella, Meliana, Horno de Alcedo, Monteolivete o Carrera d'Encorts).

En cuanto me vio, José salió disparado, dejando el puesto a cargo de su madre, una mujer que superaba los ochenta años, pero que tenía una fuerza y una vitalidad envidiables.

Me agarró del brazo y me indicó con la mano la cafetería del Mercado. Tras pedir dos cafés, José me espetó:

—Yo tengo la culpa de la cadena de suicidios

—¿Cómo que tú tienes la culpa? ¿qué culpa?

—Joder, tío, muy fácil, que yo he propagado ese "virus" del que hablas en el artículo y que ha provocado este desastre.

—Oye, oye, que lo del virus es un recurso periodístico para atraer al personal y darles conversación. No vayamos a confundirnos, ¿eh?.

—Bueno pues será un "recurso", pero has acertado. Tienes un instinto increíble, bueno, que coño, cojonudo.

—Vale, vale, que lo de las ratas fue hace 20 años y ahora sólo tengo ganas de jubilarme. ¿Me puedes explicar de qué va todo esto?

—Sí. ¿Has estudiado algo sobre el tema del genoma humano o de ingeniería genética? ¿sabes algo de estos temas?

—Pues claro, soy periodista. Además, ya he recibido dos cartas del seguro médico y del seguro de vida muy alentadoras: o paso las pruebas del ADN o no me renuevan. ¿Cómo lo ves? A mis 63 años quieren saber qué expectativas de vida tengo para subirme la prima.

—Joder, ¿qué fuerte, no?

—Va, que les den. Total, el día que me muera me dará igual lo que hagan con mi cuerpo y, más aún, con mis pertenencias.

—Bueno, pues escucha. Yo, como sabes, soy Ingeniero Agrónomo e hice mi especialización en OGM (Organismos Genéticamente Modificados). En mi huerto, en Xirivella, siempre he experimentado sobre este tema y cuando en 2001 hicieron pública la secuencia del genoma humano me planteé un reto: conseguir cambiarle el humor a la gente.

—¿El humor?. Tu estás más loco que el del Movimiento Independentista de Xeste.

—No, no, escucha. El hombre sólo tiene 30.000 genes, un poco más que una puta mosca. Entonces, lo que nos hace diferentes no es el número de genes, sino las conexiones entre unos genes y otros. Para que lo entiendas, una especie de chispas que saltan al conectarse los genes y que hacen que a nosotros nos salga un brazo y a la mosca un ala. ¿Entiendes?

—Sí claro. Eso lo he oído mil veces.

—Bueno, pues yo he desarrollado unos activadores genéticos que he introducido en una variedad común de tomates. Estos activadores no afectan a las plantas, pero cuando entran en el cuerpo humano se conectan, entran en funcionamiento, y van teledirigidos (igual que los satélites o los misiles) al gen que marca nuestro buen o mal humor. Entonces se acoplan a él y hacen que salte la "chispa" necesaria para cambiarte radicalmente el humor.

—Sí, pero a los suicidas no les ha cambiado el humor, sino que se han convertido en lo contrario de lo que eran.

—Ya lo se, joder, y es que algo ha salido mal. Hice una prueba para intentar cambiarle el humor a la gente que viene siempre cabreada al puesto a comprar. Vendí tomates modificados genéticamente a tres clientes habituales: al de Xeste, al del Barça y a un tío que siempre se está cagando en los inmigrantes. Al leer tu artículo me he dado cuenta: les he cambiado el carácter; efectivamente, les he convertido en lo contrario de lo que eran.

—O sea, que el tercero se estará haciendo ahora de una ONG en apoyo a los inmigrantes.

—Vale tío, no te cachondees, que es muy serio. Que estamos hablando de vidas humanas. No sé, pero igual se le cambia la piel y se convierte en negro, o moro. No sé, he perdido el control del tema. Y, para colmo, tengo una cosecha entera de tomates transgénicos.

—¿Y sabes dónde puedo encontrar al tercer hombre?

—Le llaman Peret (le gustan mucho las rumbas) y siempre está en el bar de Manolo, el del bombo. ¿Sabes dónde es?

—¿Tu qué crees?. Oye ¿me podrías dar un kilito de tomates para cambiar el carácter a mi querido jefe?

—Eres incorregible. Bueno, espero que el tercero no se suicide.

Me despedí de mi amigo y salí del mercado totalmente alucinado. Había oído muchísimas gilipolleces en mi vida, pero ésta era supina. Un pobre ingeniero, en su huerto, sin ningún tipo de apoyo científico, se creía que había conseguido algo que ni las más grandes multinacionales habían logrado. Además, la explicación de los activadores genéticos era lo más chapucero que había oído en años. En cualquier





caso llamé a Ricardo y le conté la historia por encima: "Fantástico. Muy bien. Vente y escríbelo que esto sí que va a ser la bomba. Mañana hacemos tirada extra y te llevas la gratificación especial".

Le intenté explicar que el tema no tenía mucha base científica pero le daba igual y, por otro lado, a mi no me vendría mal una gratificación. Así que, antes de tomar el whisky diario, escribí un artículo digno de la más pura corriente literaria de la ficción científica, que no superaría ni el mismísimo Asimov.

#### 4.—UN ATAQUE DE CONCIENCIA

Tomates que cambian el carácter de los valencianos". Un título realista a la par que llamativo y con un toque local que siempre invita a la lectura, pensé mientras me tomaba mi tradicional desayuno. Por segundo día sería el héroe de "Las Provincias". Sin embargo, en el estómago estaba notando ya un fuerte ataque de conciencia.

Mirándome al espejo del bar veía a uno de esos viejos personajes de Clint Eastwood: el ladrón de guante blanco que acaba por enfrentarse al propio presidente de Estados Unidos en "Poder absoluto", el Sheriff que al final entiende al asesino en "Un mundo perfecto", el periodista mujeriego que salva a un condenado a muerte en "Ejecución inminente", o el genial Willian Munny, el decrepito vaquero borracho y vengador de "Sin perdón". De tanto ver sus películas había acabado asimilando ese carácter de perdedor que termina haciendo caso a los últimos resquicios de lo que se denomina conciencia.

Resignado por no ser capaz de venderme a los laureles de la fama y el dinero, aunque fuesen los de un triste periódico regional, salí en busca de nuestro amigo Peret, que estaría en el bar de Manolo "el del bombo" (personaje retirado de la escena futbolística internacional por los achaques que le produjeron tantos años aporreando aquel instrumento infernal).

Encontré fácilmente a Peret, que cantaba rumbas frente a una copa de anís en el bar de Manolo. Aquel hombrecillo se llamaba realmente Alejo Pérez y no se había vuelto ni negro ni moro.

En media hora de conversación sobre el problema de la inmigración en España (le dije que estaba haciendo un reportaje social sobre el tema) le contabilicé treinta "hijos de puta" veintidós "sudacas de mierda" quince "putos moros" cuarenta "a su puto país" y diez "hay que matarlos". Me quedó claro que, o los tomates se los había comido su mujer (a la que confesó que zurraba de vez en cuando), o a éste no le habían hecho efecto.

Después me acerqué al Hospital y hablé con los familiares del suicida del Barça. Desde pequeño había estado bastante desequilibrado, sobre todo tras ofrecerle matrimonio a su profesora de "ética y conciencia social" y que ésta le soltase dos sonoros bofetones. Su reacción fue encerrarse en el fútbol y en todo tipo de mezclas entre pastillas y alcohol. En los últimos años había sido de varios equipos, incluso del Atlético de Madrid, que llevaba varias temporadas ascendentes y había subido otra vez a Segunda B, levantando expectativas entre sus todavía muchos seguidores de llegar de nuevo a Primera.

El día que se tiró por la ventana, Tony, que así se llamaba el singular aficionado, llevaba toda la noche a base de alucinógenos y, por tanto, igual que "¡Hala Madrid!" podría haber dicho "Viva Marujita Díaz",

una antigua famosa que había decidido criogenizarse (se congeló en el arcón frigorífico de su propia casa) tras un fracaso amoroso con un joven cubano.

El desaliento creció en mi interior y fui a Xeste a presionar un poco a la amante de Xavier Torrent. No tardó mucho en confesar la verdad (le ofrecí 200 euros de mi propia gratificación por la tirada extra del periódico): El líder del MIX siempre había tenido el RH negativo y, como siempre se sospechó, su famoso análisis era fruto de un fraude. El listo de Xavier había inyectado horchata en un bote con su sangre, sin que la enfermera que le extrajo el rojo líquido de su cuerpo se diera cuenta. Desde ese día fue alimentando su propio mito hasta que perdió lo que los psicólogos llaman el "Principio de Realidad".

Como casi siempre, todo era una gran mentira. Con pena, pero orgulloso de la audaz investigación, me fui al periódico a desmontar todo aquel castillo de naipes.

## 5.-LA VIDA SIGUE IGUAL

Ricardo Fuster me gritó enloquecido: "Otra vez con tus putos ataques de conciencia. ¿Eres gilipollas o qué? Tenemos una oportunidad de salir a la luz, de vender más, de que alguien se fije en nosotros y ¿la vamos a perder? eh, ¿la vamos a perder? Sabes lo que te digo, viejo estúpido, que este tema ha trascendido de un mero suceso. Ahora es un tema de Sociedad y lo llevará Sonia, que es mucho más lista que tú. Que todo es una mentira. Que es un castillo de naipes. ¿Y qué más da?. ¿Pensabas que no lo sabía? ¿Desde cuándo importa la verdad? ¿te has vuelto realmente loco o qué? Mira, vete y tómate un día libre, que ya nos encargamos nosotros de este tema".

Me dieron ganas de dimitir, pero ya no tenía fuerzas ni ganas para ello. Lo único que quería era vivir tranquilo, escribir alguna historia, disfrutar de los pequeños instantes de placer que todavía me daba la vida y poder escuchar un poco de jazz con un buen whisky en la mano.

Salí de la redacción y me dirigí de nuevo al Mercado Central. Eran las seis de la tarde y todavía podía contarle a mi amigo José Baltá que todo su experimento había fracasado, o mejor, no había sido suficientemente eficaz, para que no se molestara.

Cuando llegué al mercado vi con asombro una gran fila de gente que salía de la puerta hacia la calle. La impresionante cola llevaba directamente al puesto de José, que alegremente vendía tomates a un precio diez veces superior al normal. Al verme salió sonriente de detrás del mostrador:

—Gracias, Vicente, Gracias. Tu artículo me está haciendo de oro.

—Pero bueno, ¿no te preocupaba tanto que la gente se suicidara por culpa tuya?

—Oye, oye, baja la voz, joder, que lo que haga la gente es su responsabilidad, eh. Y aquí, además, viene gente que quiere cambiarle el carácter a sus seres queridos, pero para positivo, eh, para positivo, no para que se suiciden.

—Si, para positivo, muy bien. ¿Pues sabes lo que he descubierto?.

—¿Qué?

—Que todo es una puta mentira y que tus tomates no sirven ni para mejorarle el cutis a tu santa madre.

—No me digas ¿de verdad?



—Pues claro, pero ahora no me dejan publicarlo.

—Anda, pues cojonudo: yo me forro, no le hago mal a nadie y, encima, no me van a descubrir. Gracias tío. El próximo sábado te regalo la fruta y las verduras que quieras.

El rápido y preciso sentido comercial de José me dejó seco. La verdad es que el cabrón tenía toda la razón.

Me fui al Finegan's y pedí un Black Bush doble. Cuando me lo pusieron empezó a sonar una vieja canción de Julio Iglesias: "La vida sigue igual". Bebiendo y escuchando la canción me tranquilicé: ¿quién coño se acordaría de toda esta historia de suicidios, tomates y genética la semana que viene, cuando apareciera otro tema de indudable interés social para entretener a las masas?.

"....unos que llegan, otros se van, la vida sigue igual,..... lalala, lala lala, lala lala...." ●

VICENTE DE SANTIAGO  
PERIODISTA



## MERCADO CENTRAL DE VALENCIA

El Mercado Central de Valencia, construido a principios del siglo XX, con su diseño modernista y su cúpula, coronada por la popular "Cotorra", es uno de los edificios más bellos y emblemáticos de la ciudad de Valencia y uno de los Mercados más dinámicos de España.

En la actualidad agrupa a unos 350 operadores en 1.247 puestos, distribuidos en una superficie de más de 8.000 m<sup>2</sup>, constituyendo un punto de referencia obligado en la distribución detallista de productos perecederos en la capital valenciana. Se trata de un Mercado que ha sabido aunar la tradición y el encanto de su oferta comercial con la prestación de innovadores servicios que se adaptan a los modernos requerimientos de la demanda. Así, se ha convertido en un mercado pionero en la prestación del servicio de reparto a domicilio, complementado con la posibilidad que ofrece a sus clientes de efectuar la compra desde su propio hogar o lugar de trabajo mediante el teléfono, fax o a través de Internet.

Compartiendo esta filosofía de combinar la arraigada tradición de compra en el Mercado con la necesaria evolución que exige el continuo avance de las modernas formas de distribución, la Empresa Nacional MERCASA ha elaborado un estudio de viabilidad para la reforma del Mercado Central de Valencia, cuyos proyectos básico y de ejecución se encuentran actualmente en fase de redacción.

Debido al elevado valor arquitectónico y artístico del Mercado, parte de la inversión correspondiente a la remodelación será financiada por el Ministerio de Fomento, en virtud del Acuerdo Marco de Colaboración suscrito con MERCASA, orientado a impulsar la rehabilitación física, funcional y comercial de Mercados Minoristas Municipales ubicados en edificios históricos de interés arquitectónico.

Para más información acerca del Mercado Central de Valencia: [www.mercadocentralvalencia.es](http://www.mercadocentralvalencia.es)